

## Un cuento para Pablo: «Gus, el intrépido astronauta»

Autor: Arecibo

Categoría: Cuentos

Publicado el: 29/04/2015

---

Nota: Podrás ver este cuento ilustrado en el siguiente:

<http://mensajedearecibo-relatos.blogspot.com.es/2015/04/un-cuento-para-pablo-gus-el-intrepido.html>

\*\*\*

Pablo, hoy te voy a contar la historia de un astronauta muy especial.

Se llamaba Gustavo, aunque prefería que lo llamaran Gus, y desde siempre quiso viajar al espacio y explorar planetas fabulosos. Eso, me dirás, no es nada raro. Incluso puede que tú también hayas querido ser astronauta alguna vez. Pero si te digo que Gus era un globo, de esos redondos que adornan los cumpleaños de cualquier niño... entonces la cosa cambia, ¿verdad? Ahora es cuando digo aquello de «Érase una vez» y comienza la historia.

ÉRASE UNA VEZ un globo de lo más normal llamado Gus. Era de un amarillo tan pálido que parecía blanco y el feriante lo había hinchado con helio, atándolo a un cordel para que no saliera volando. Pero eso, precisamente eso, era lo que Gus quería hacer; volar muy, muy alto, y llegar hasta las estrellas que brillan en la noche.

Un buen día, el feriante caminaba por el parque de atracciones con todos sus globos atados al brazo. Nuestro amigo iba entre ellos y si lo vieras dirías «*¡Qué diferente es del resto de sus compañeros!*», pues estos eran brillantes, de colorines y formas fabulosas, mezclándose los coches de carrera con unicornios y princesas de cuento, y Gus, como ya se ha dicho, era un globo de lo más normal. «*Olvídate de su aspecto*», te diría yo y entonces verías lo que realmente lo diferenciaba de los otros globos, pues mientras que estos se mantenían muy estirados en sus cuerdas, sin abrir los ojos ni hablar con nadie, nuestro amigo estaba atento a cuanto pasaba a su alrededor, diciéndole a todo aquel que quería escucharlo «*Quiero ser astronauta*». Fue así como conoció a Hugo, un chiquillo canijo, de pelo oscuro y gafas, del que se hizo muy amigo.

-¿Qué globo es el que quieres, Hugo? -le preguntó su padre al pequeño.

-El astronauta, papi.

-¿El astronauta? ¿Qué astronauta?

-Ése papi. El blanco.

El padre de Hugo intentó convencerlo de que eligiera otro pero nada consiguió, cediendo ante la insistencia del crío que llegó contentísimo a casa, donde tampoco su madre pudo ver al astronauta en aquel globo tan normal. Pero eso iba a cambiar. Hugo estaba decidido a lanzar a su nuevo amigo al espacio, y para ello tenía que construirle una nave.

Como Gus tenía en la Discovery su astronave preferida -incluso era capaz de deletrear la palabra «Discovery» del derecho y del revés-, lo primero que hizo Hugo fue dibujar con un rotulador indeleble, de esos que no se borran, un círculo negro en el extremo más hinchado de Gus para que fuera el morro de la nave, y sobre él una gruesa línea a modo de cabina. A continuación quiso pegarle con cinta adhesiva un par de alas y una gran cola de cartón, y aquí fue de gran ayuda el abuelo Nicolás, que manejaba regla, lápiz y tijeras como nadie. Y aunque su pulso ya no era bueno, las alas y la cola quedaron bien chulas, pintadas por Hugo con témpera blanca sobre las que dibujó líneas negras para darle un acabado más profesional.

En ese momento surgió un serio problema que a punto estuvo de terminar con la aventura espacial. El peso añadido impedía volar a Gus, y nuestro joven aventurero quedaba flotando a ras de suelo para desesperación de Hugo. Fue su padre, que ya veía al astronauta que el pequeño Gus llevaba dentro, quien dio con la solución al problema. «*Todas las naves espaciales necesitan ayuda para ponerlas en órbita*», dijo con la sabiduría del que se lee de pe a pa la revista científica Qué Curioso, y tras ausentarse de casa media hora ató a nuestro amigo tres globos más largos que redondos, uno naranja grandote y dos gemelos blancos, a modo de propulsores. El resultado fue inmediato. La fuerza de esos tres globos fue más que suficiente como para vencer el sobrepeso, y si no fuera por la cuerda que los sujetaba habrían salido volando, llevándose con ellos a Gus. Al fin, todo estaba preparado para el despegue.

Y llegó el gran día. El lanzamiento se programó para el domingo siguiente y a él acudió la familia de Hugo, así como varios vecinos que no querían perderse por nada del mundo el acontecimiento. La rampa de despegue no era más que dos cajas vacías de detergente apiladas una sobre otra, envueltas en papel de aluminio, y atados a ellas se encontraban nuestro intrépido aventurero y sus tres compañeros de aventuras, Owen, el gordito naranja, y los gemelos Miki y Nelson. Los cuatro estaban muy nerviosos, como podrás imaginar, y no podían dejar de mirar el inmenso cielo azul hacia el que pronto volarían.

El abuelo Nicolás y la abuela Constanza fueron los primeros en llegar, con churros y chocolate para todos los asistentes, mientras que el abuelo Manuel estuvo a punto de perderse el lanzamiento pues venía de sacar a pasear al pequeño Vinagre, el chuchillo que lo acompañaba desde hacía tres años. «*Un minuto para el lanzamiento*», anunció muy serio Hugo, y todos los asistentes se colocaron tras lo que los gemelos del segundo llamaron con solemnidad «un perímetro de seguridad», trazado con cuanto camión de bombero, coche de policía y ambulancia hallaron en las profundidades de su cuarto.

-Diez -comenzó con nerviosismo Hugo-... Nueve... Ocho... Siet...

-¡Un momento! -dijo entonces su madre parando la cuenta atrás-. Las misiones espaciales siempre tienen un nombre; no pueden viajar a las estrellas sin uno -concluyó no sin razón, así que todos los presentes empezaron a estrujarse el cerebro buscando el nombre más apropiado para la misión espacial mientras masticaban silenciosos sus churros empapados en chocolate.

-Mi Leonor tuvo un gatito llamado Sirio -dijo con tranquilidad el abuelo Manuel mientras acariciaba la peluda cabeza de Vinagre-. Le tenía mucho cariño, y además es el nombre de la estrella más brillante del cielo -y como además de un nombre muy apropiado era un bonito recordatorio hacia la abuela Leonor, por aprobación popular se bautizó la misión de Gus, Miki, Nelson y Owen como Sirio I.

-Diez -comenzó de nuevo Hugo-... Nueve... Ocho... Siete... Seis -cuenta tú también, Pablo-... Cinco... Cuatro...

» Tres...

» DOS...

» ¡UNO!...

» ¡¡CERO!!

Hugo cortó con unas tijeras la cuerda que sujetaba la misión Sirio I a la rampa de lanzamiento y Gus por fin despegó hacia el cielo azul, despidiéndose con tristeza de su amigo hasta que se hizo del tamaño de un ratón, tan pequeño como una hormiga, momento en que fue imposible distinguirlo de los otros puntitos que se movían allá abajo en el suelo distante.

Hacia dónde viajó Gus sólo lo sabrás en tus sueños, Pablo. Así que ahora debes dormir y soñar con él, pues mañana serás tú quien me cuente cómo terminó el viaje espacial de nuestro intrépido

astronauta.

B.A., 2.015

---

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Arecibo](#)

Más relatos de la categoría: [Cuentos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)